

Campos de arroz, Sur de Taiwan 1732

Las primeras luces se hacían de rogar y así, en los inundados cultivos se reflejaban nítidamente las estrellas.

El viento silbaba suavemente y hacía temblar la maleza.

No muy lejos estaba ella, si la descubrían se metería en un gran lío y lo sabía. Se lo habían dicho multitud de veces, le daba la impresión de que se sentían especialmente poderosos cuando le recordaban que los arrozales no eran su sitio. Que era demasiado pequeña, esa era la cantinela preferida de todos.

Así que trataba de convencerse de lo contrario, allí estaba, arrodillada observando su reflejo en el lago, contorsionándose para parecer más grande y más amenazadora. La imagen que veía en el agua le parecía cada vez mayor a medida que se concentraba en ella. Se engañaba a si misma, era muy buena en esto.

Súbitamente un batir de alas la saco de su ensoñación. Docenas de grajos salían disparados de entre los árboles. Los músculos del cuello se tensaron, alzó la mirada como una ardilla asustada pensando qué o quién había causado aquello. Por unos instantes no fue capaz de moverse, estaba paralizada por el miedo, no por miedo a que le descubriesen, podía lidiar con aquello; el problema era que aún no despuntaba el alba y ningún campesino debía rondar por aquellos lares tan temprano. El responsable de la desbandada, animal o persona, era un intruso.

Nada sucedió en los posteriores minutos y el susto fue aliviándose, como llevado por el suave viento que desbarataba sus cortas coletas color azabache. El peligro, si es que había habido tal cosa, había expirado, o al menos eso decidió creer. No hay que olvidar que era muy buena en esto.

Por fin se atrevió a desviar la vista del bosque. Su primer instinto fue devolver la mirada al lago que se la había reclamado tanto tiempo. La muchacha allí reflejada no parecía ni un tanto amenazadora, una figura escuálida de piel azafrán correspondía su mirada con un gesto torcido. Se le antojo que incluso su reflejo se estaba riendo de ella.

En breve el sol haría su aparición, así que tras vengarse de su reflejo lanzándole una piedra con gran rabia, pensó levantarse. Sin prisa, como hacía cada noche que se escapaba al lago, se atusó el pelo, se estiró las ropas y echó una pierna adelante para erguirse apoyándose en ella. La rodilla le tembló fuertemente al intentar ponerse en pie por primera vez, y es que no era tan buena engañando a sus piernas como a si misma.

Respiró hondo, con calma. Fue expulsando el aire con un ritmo regular hasta vaciar los pulmones. Con esto se tranquilizó bastante, siempre lo hacía. Finalmente consiguió alzarse sobre sus piernas, aunque seguía sintiéndose inquieta y no pudo reprimir un fuerte escalofrío.

-Hace mucho frío. - se dijo a si misma, y era verdad, la brisa matutina era bastante cruel en esa época del año, aunque no fuese el motivo de su temblor.

Decidida a no echar la vista atras, hacia el bosque, echó a andar en dirección al pueblo, olvidando su sendero habitual, el que utilizaba para ocultarse de los primeros aldeanos que iban a por agua, y marchando por el camino principal, expuesta a que

cualquiera la descubriese. Por supuesto, prefería esto a encontrarse con aquel inexistente peligro que ya había borrado de su mente y que no consideraba en absoluto.

Jamás comprendería por qué, tras haber recorrido un centenar de metros y encontrarse tan cerca del pueblo como del bosque, decidió volver atrás. Quizá porque deseaba demostrar a los demás, o a si misma, que no era tan pequeña y desvalida como creían, creía. El caso es que allí estaba, de pie frente a la arboleda, reuniendo valor para entrar, mientras los primeros rayos del sol le rozaban la mejilla. Probablemente jamás habría acabado de reunir suficiente coraje para adentrarse en el bosque, aunque no llegaría a saberlo.

No tuvo que dar un paso adelante, ya que el intruso (o más bien la intrusa) surgió tambaleándose de entre los árboles y, cabizbajo, avanzó unas cuantas zancadas a gran velocidad. Pronto comenzó a frenarse y a dar pasos inseguros.

La sorpresa había anclado los pies de la muchacha al suelo, en el fondo esperaba habérselo imaginado todo y descubrir que nadie rondaba el bosque. Sus pequeños ojos negros estaban clavados en la desconocida siguiéndola en su errante camino hacia... ¡ella! ¡La mujer se dirigía a donde ella estaba! Pero no podía haberla visto, porque aún no había alzado la vista del suelo, sin embargo, aunque erráticos, sus pasos la conducían hacia la muchacha.

Entonces la extraña alzó la vista y la vio. Frente a ella, una chiquilla enclenque vestida con ropas varias tallas mayor a la suya, que a su vez la miraba a ella tratando de discernir que significaba esa mirada.

El encuentro de dichas miradas fue muy breve, pero intenso. Los ojos de la muchacha reflejaban un intenso miedo combinado con un gesto de incredulidad. La mirada de la mujer era mucho más enigmática, ¿miedo quizá, sorpresa, lástima? Era difícil de adivinar.

Pero como decía, el encuentro fue breve. Antes de que pudiera reaccionar, la mujer yacía en el suelo tendida justo a los pies de la muchacha. Entonces pudo notar la peculiar vestimenta de la extraña, llevaba ropas que no había visto jamás, parecían propias de guerreros tanto como de monjes y estaban adornadas con preciosos dibujos. La sangre que ya comenzaba a cubrir sus sandalias la devolvió a la realidad.

Provincia de Fujian, Taiwan 1732

El cobertizo estaba húmedo y olía raro, la falta de uso lo había dejado en malas condiciones. La luz solo asomaba tímidamente por los huecos entre los maderos de paredes y techo.

La chiquilla que había decidido volver atrás hacia el bosque, la que creía estar en boca de todos a causa de su menudez y que cada noche escapaba al lago para demostrarse lo rebelde y autosuficiente que era, estaba allí.

Estaba atendiendo a alguien tendido sobre un improvisado camastro. Alguien que parecía sufrir diversas heridas de consideración. Era alguien que permanecía inconsciente, probablemente desde la misma mañana en que avanzó con sus últimas fuerzas hasta caer a los pies de la chiquilla.

-La venda de la pierna se ha vuelto a aflojar -comentó la muchacha, a nadie en concreto, ya que estaba sola a excepción de la dormida mujer-. No creo que aguante mucho más si la vuelvo a atar, mejor buscaré una venda nueva - y diciendo esto dio media vuelta, dirigiéndose hacia su "instrumental médico".

El montón de sábanas viejas, tiras de algodón y cordeles de diversos tamaños dispersados sin orden alguno componían dicho instrumental. Ya era toda una victoria haber podido reunir aquellos artículos básicos, teniendo en cuenta que la mujer no estaba oficialmente allí. Sólo el viejo encargado del cobertizo conocía la situación de la chiquilla, si había acudido a él era porque habían trabado cierta amistad, era el único que le permitía inmiscuirse en su trabajo e incluso le asignaba pequeñas tareas que la jovencita llevaba a cabo con satisfacción.

La damisela hurgaba ahora entre las distintas telas que le habían servido y le servirían de vendas. Buscaba una lo bastante grande para hacerla jirones que atar después a la pierna de su paciente. Apartó a un lado con asco el surtido de cuchillos y machetes que había recuperado entre las ropas de la mujer. Le resultaba increíble que alguien pudiera esconder tantas armas entre tan escasas ropas, pero aún le resultaba más increíble que las necesitase en tal cantidad.

A pesar del gesto de repugnancia con que las apartaba ahora, las noche anterior no había podido resistir la tentación y había dedicado más que unos instantes a contemplar y admirar la artesanía de que hacían gala dichos utensilios. Recordando esto y apartando la mente temporalmente de las vendas, echó mano a la pieza que más sorpresa le había causado. Recogió con cuidado el plateado puñal, tan largo como su antebrazo y no más grueso que la seda que lo cubría. Lo sostuvo por el mango y lo dejó colgar entre sus dedos, le hipnotizaba el modo en que la distribución especial del peso lo hacía balancearse.

El cuchillo se le resbaló de los dedos y se clavó en la mesa para su sobresalto. Apartó las manos como quien se temple al calor de una hoguera y una chispa le salta demasiado cerca. Uno de los rayos de sol que se colaba por el techo aterrizaba ahora directamente sobre el arma, acentuando los exquisitos símbolos bordados sobre ella. Bellos o no, cualquiera que hubiera entendido su significado jamás habría tocado dicho puñal.

La joven decidió olvidarse del arma y seguir con su labor, recogió la tela que había escogido y caminó hacia la enferma... hasta que notó que no estaba allí. El camastro se hallaba vacío, cubierto de manchas secas de sangre y restos de vendas, y la mujer no estaba.

Tremendamente asustada dejó caer la improvisada venda al suelo y dio media vuelta, orientándose hacia la vieja puerta. Pero mirando la puerta también podía ver la mesa contigua, con las sábanas, los cordeles y las armas... pero sin el puñal clavado en ella.

No tuvo que preguntarse por la situación del arma, ya que inmediatamente lo notó deslizarse por su espalda. Estaba aterrada.

-¿Quién eres tú? -era una voz de mujer, muy firme, que sonaba a tras ella. Era la extraña a la que había estado cuidando desde hacía tres noches, por fin había despertado y no parecía agradecida en absoluto. La joven contuvo las lágrimas y emitió un extraño gorgorito. Trataba de contestar, pero la voz no le respondía. -No creo haber entendido bien tu nombre, -ahora la voz se mostraba más amable, seguramente comprendiendo que era un mejor modo de sacar una respuesta- ¿Cómo te llamas? -esta vez la chiquilla respondió, aunque aún con una voz frágil, y pronunció unas débiles palabras. -Ese es un nombre japonés, ¿por qué tienes un nombre japonés, niña Taiwanesea?

-Mi abuelo era japonés -susurró- él me puso nombre.

La mujer hizo una mueca como de decepción, la chica no suponía amenaza alguna, la apartó y avanzó cojeando hasta la puerta.

Entreabrió la puerta y echó un largo vistazo, era una aldea de agricultores, con casi nula presencia de hombres armados exceptuando un par en la casona del señor local. No había ninguna amenaza.

La chiquilla, cuyo mayor inquietud era el menosprecio, había pasado del miedo a la indignación. Le molestaba más el hecho de que le diera la espalda tan despreocupadamente que el miedo que le inspiraba la mujer.

-Ya podía haberte apuñalado al menos media docena de veces. -le espetó con fuerte voz. -No me ignores, porque que sea pequeña, no significa que no pueda empuñar un cuchillo.

Cerrando la puerta con calma, la mujer se dirigió renqueante hacia ella, mostrando una seria expresión.

-¿Sabes que podría matarte ahora mismo? -susurró con una voz que habría hecho mearse en los pantalones a más de un hombre de armas.

Consciente de que ya nada ganaba con echarse atrás, la muchacha respondió provocante:

-¡Adelante, al menos me habrás considerado, aunque sea para matarme!

Unos pocos instantes de tensión fueron seguidos por una sonora carcajada de la mujer.

-¿Sabes? -le dijo en tono afable- Puede que no te mate después de todo. - y diciendo esto se acomodó en el lecho.

Los próximos días pasaron en calma, la muchacha cuidaba las heridas de la mujer y esta, despreocupada, pagaba sus servicios contándole antiguas historias de guerreros y batallas, de ladrones y tesoros, de monjes y templos.

Y pasaron seis de esos días.

En seis días había mejorado mucho, los cuidados de la chiquilla realmente la habían ayudado. Incluso se había aventurado a recorrer el camino secreto que unía el cobertizo y el lago varias veces, aunque sin entrar al bosque. Allí había algo que deseaba recuperar, pero también era el lugar donde le habían perdido la pista, si aún le andaban persiguiendo, sin duda empezarían por allí. De todos modos no pensaba huir de ellos.

El décimo día de su estancia penetró en el bosque.

Habría entrado más sigilosamente entre los árboles si la herida de su rodilla hubiera sanado por completo, por desgracia aún no era así. Los leves crujidos que había producido al pisar unas hojas se le antojaban un escándalo y sabía que habría alertado a cualquiera que acechase por las cercanías. Se mantuvo inmóvil, escuchando, esperando que el hipotético cazador cometiese también un error, de lo contrario estaría muerta. Por suerte lo hizo, cometió el error.

El cazador expelió el aire a través de la cerbatana con demasiado ímpetu, y el zumbido resultante fue suficiente para que la presa se echase a un lado en el momento oportuno. Subido a un árbol como estaba, el veterano acechador comprendió que había revelado su posición y que no le sería posible escapar, así que apostó por un segundo ataque. Apresuradamente recargó la cerbatana al tiempo que observaba a su presa avanzando a gran velocidad hacia él, dando gráciles saltos bajo la tenue luz de la luna que dibujaba las formas de las hojas en su rostro.

Cuando por fin tuvo lista su arma la llevó a la boca y se dispuso a finalizar su trabajo, pero la captura ya no era visible. No llegó a notar el fino puñal que se clavó en su nuca, porque ya estaba muerto. Cayó del árbol causando gran estrépito. Ella lo observó detenidamente, llevaba la marca, era uno de ellos.

Entonces comprendió, si habían llegado hasta ahí, podían haber seguido el rastro hasta el cobertizo... ¡y en el cobertizo estaría Meyko!

Osaka, Japón 1750

La silueta de una pequeña bandada de patos se dibujaba contra el anaranjado cielo del atardecer. Emigraban al sur prematuramente empujados por las continuas batidas protagonizadas por todos los bandos de la guerra.

Bajo ellos, seis soldados de la infantería del Shogun Tokugawa llevaban a cabo una relajada guardia. Habían montado un ligero bloqueo sobre el camino que llevaba a la ciudad y tenían orden de embargar cualquier carruaje que tratase de entrar en ella. Pero los rumores corrían rápido por aquellas tierras y a esas alturas hasta el más pobre crío del último poblado del Japón conocería la situación del castillo de Osaka. La implicación: que ningún carruaje, valioso o no, trataría de cruzar ese camino.

Sabedores de esto, los hombres encargados del bloqueo se habían acomodado y se esmeraban en hacer la tarea más amena. Dos de ellos jugaban al Go y, apartados a un lado del camino, pugnaban con las hormigas para mantener el tablero pulcro. Otros dos, los más responsables, permanecían de pie frente al bloqueo admirando el crepúsculo y charlando alegremente. El quinto y el sexto, encargados de guardar las armas, se habían excedido bastante con el sake y, mientras uno iba a aliviar la vejiga, el otro descansaba reclinado sobre un roble con la cara tapada por el sombrero.

-Aquí has cometido un fallo imperdonable compañero -festejó alborozado uno de los jugadores de Go. El movimiento de su contrincante había propiciado una gran jugada por su parte y se sentía con ganas de restregárselo por un buen rato. -¿Quieres saber cual ha sido tu error?- la sonrisa bobalicona que le dedico a su contendiente no obtuvo respuesta, éste permanecía con la cabeza inclinada mirando fijamente el tablero. El autor de la jugada ganadora se llevó una decepción pensando que el sake había podido con su compañero y se había dormido. Entonces algo salpicó el tablero. -¿Qué es esto? -suavemente restregó el dedo donde había caído la gota y, antes de retirarlo, una nueva salpicadura le tiñó el dedo de rojo.

La expresión de angustia del jugador de Go se acrecentó cuando el equilibrio de su oponente cedió y cayó sobre el casillero. Su próxima jugada iba a ser la de alzarse de un brinco y gritar: <<¡Muerto, muerto...! ¡Hay un intruso, alerta!>>. Hasta que vio una wakizashi con toda claridad, surgiendo a través de su estómago. Quiso ver a su agresor, pero un pie le empujó hacia delante al tiempo que la hoja volvía a deslizarse en su interior, esta vez hacia fuera.

Los centinelas de pie no daban crédito a sus ojos. Uno de ellos creía haberla visto caer del árbol contiguo a los jugadores de Go, mientras el otro la vio materializarse de la nada tras el ahora muerto jugador. El entrenamiento hizo que inmediatamente buscaran sus armas, lo que condujo a que recordaran haberlas dejado en custodia, a unos quince metros, guardadas por uno de los bebedores de sake.

La mujer les sonrió burlona. Tras recuperar la espada del cuerpo del jugador la había guardado en su vaina y permanecía en pie desafiante. Era una joven bastante alta, de pelo negro azabache y crueles y pequeños ojos a juego. Vestía ropas ceñidas y oscuras en las cuales el ojo entrenado podía descubrir pequeños bultos que se correspondían con las múltiples armas de que disponía. Su postura parecía muy natural

y desenfadada, pero era un engaño, permanecía alerta y expectante, como una tigresa dispuesta a saltar sobre la caza en cualquier momento.

Calcularon la distancia: unos quince metros, los mismos que les separaban de sus armas. Uno corrió, el otro permaneció inmóvil. Antes de que el primero hubiera cubierto la mitad de la distancia, ella, de dos zancadas, se había situado frente al segundo y, en un tercer movimiento sincronizado, saltó, desenfundó su espada corta, y degolló al soldado que cayó fulminado.

La asesina cayó grácilmente e inmediatamente desenfundó tres kunais medianos de su pernera y los colocó entre sus dedos. Cruzó lentamente la mano armada sobre el cuerpo, sin desviar la mirada del soldado fugitivo. Entonces echó violentamente el brazo hacia atrás para coger impulso y... se detuvo. Todo el brazo temblaba, como si dos fuerzas tirasen desde extremos opuestos.

-¡No!- gritó ella con rabia -¡No fui yo! -el brazo se liberó pero no lanzó las puntas. En lugar de esto saltó hacia atrás y permaneció mirando al vacío. -¿Por qué? ¡Sabes que no lo hice yo....! -gritó al aire.

El fugitivo no podía creerse su propia suerte. Alcanzadas las armas, eligió una enorme lanza y la montó sobre sus brazos. Se enjugó el sudor de la frente y, con un rugido, se abalanzó contra la mujer, quien seguía conversando con la nada.

Antes de impactar, de hecho, mucho antes, la extraña se echó hacia atrás, saliendo de la trayectoria de la lanza. La mano izquierda empuñó la katana corta de su espalda y, girando hacia su derecha la desenvainó. En mitad del giro, dando la espalda al lancero, lanzó los proyectiles que su mano derecha aún empuñaba y, al completarlo, de frente ahora al soldado, rasgó su espalda con la katana.

El hombre cayó al suelo cadáver.

Más afortunado que los demás fue el soldado que, al regresar de su evacuación, pudo observar toda la escena. Su compañero, el custodio de las armas había sido la primera víctima, aunque, al creerlo dormido, nadie lo había notado. Él había sido testigo de la debacle y ahora contemplaba como la intrusa discutía de nuevo con los espíritus. No cometería el mismo error del lancero. Huyó.

Cercanías del templo de Toshogu, Japon 1750

Tan cerca como estaba de Sendai decidió que debía hacer un alto. No hacía ni tres noches desde el fiasco de Osaka en que uno de los seis guardas se le había escapado y había dado la alarma, y ya tenía a media caballería del Shogun tras sus pasos. Con su cara plasmada en cientos de dibujos repartidos desde Edo hasta Fukuoka, no podría aceptar más encargos en Japón por mucho tiempo.

El tiempo no era precisamente su enemigo, podía darse un margen de unos cuantos años exiliada, como hiciera antes, y regresar cuando su fama se hubiera templado. Aún así, detestaba haber malogrado el trabajo, no por el dinero perdido ni por la reputación negativa, sino porque siempre había sido muy metódica y jamás se permitía el más leve error.

Más que irritada estaba crispada, se maldecía a si misma y maldecía al mil veces condenado espíritu que había interferido en su tarea. En un gesto temerario que nunca se habría permitido en condiciones normales, buscó un objetivo con el que calmar su rabia, un cuervo que volaba bajo escapando de la inminente tormenta, y le disparó una andanada de proyectiles. El desgraciado animal cayó a su lado en cuatro pedazos.

Inmediatamente se arrepintió de lo hecho. Como castigo cerró la mano alrededor de la hoja de su wakizashi y apretó.

El cielo se encapotaba rápidamente. Gruesas nubes negras al parecer procedentes de las cuatro esquinas de la isla habían escogido aquel como su punto de reunión. Era noche cerrada y, con las estrellas cubiertas por las oscuras visitantes, no había visibilidad alguna.

Consciente de su situación, la mujer tomó asiento en el preciso lugar en que estaba. No prendería hoguera alguna puesto que quería sentir el frío y no encendería luces porque "veía" mejor en la oscuridad.

Arrodillada y sentada sobre sus pies, miraba al vacío. Tras el crepúsculo era invisible en campo abierto y a través del bosque, pero no podía acercarse a la ciudad fortificada, así que esperaría al amanecer. En plena oscuridad no era más que una negra silueta, pero sus ojos, abiertos de par en par, desprendían un blanco resplandor y le otorgaban una apariencia fantasmagórica. En las cercanías las bestias de la llanura percibían una aura que les urgía evitar.

El espectro retornó a su mente. Hacía al menos diez años que lo percibía, como percibía a tantos otros, pero en pocos meses se había hecho fuerte, muy fuerte. No sólo podía verla, sino que la oía hablar, e incluso le había retenido el brazo. Trató de ignorarla, de pretender que no sabía quién era o qué quería. Aunque sí lo sabía. Es más, doce años de pesadillas no le permitían pensar en otra cosa por las noches. Por eso cada vez dormía menos, aunque ya ni eso le libraba del sueño.

Volvía a estar en el cobertizo, aterrada, con los ojos empapados en lágrimas y apenas atreviéndose a respirar en aquel oscuro rincón entre la mesa y el camastro. Había apagado todas las velas y solo veía la forma del intruso dibujada dentro del marco de la

puerta. Sería un blanco fácil si hubiera tenido el valor de empuñar uno de los cuchillos y cargar a por él, pero ni siquiera podía dejar de temblar.

Entonces él se giraba, había oído algo, tal vez sus sollozos o quizá el tiritar de sus rodillas. Avanzaba pesadamente, con cada paso las piezas metálicas de su armadura tintineaban. Ella sólo podía ver sus rodillas ahora, por debajo de la mesa, pero podía intuir una horrible mueca de sonrisa. Ya sabía donde estaba.

Y ahora se veía a si misma corriendo, de vuelta al pueblo a través del sendero oculto. Por primera vez en mucho tiempo preocupada por una vida que no era la suya. La rodilla le crujió y la herida del muslo empezó a sangrar, pero no se permitió ni un respiro. Sorteaba árboles, charcos y piedras a gran velocidad, saltando y retorciéndose como una fiera, y aún no se le antojaba lo bastante rápido.

Como demostró no ser. Lo encontró de pie frente a la pared, orgulloso de la brutalidad que recién había cometido, ni siquiera la oyó entrar. De haber tenido tiempo para reflexionar no habría tenido la piedad que le concedió al acabar con él rápidamente. Excitada por la probabilidad de que la pequeña Meyko siguiera con vida se limitó a retorcerle el cuello con fuerza y apartarlo a un lado. Sólo para comprender cuan tarde había llegado.

Finalmente el sueño la mostraba vertiendo una lágrima por la pequeña, cosa que no recordaba haber hecho.

El retumbar de un potente trueno se llevó el sueño al limbo. De vuelta a la negrura del campo de Sendai, llovía con fuerza y el viento arreciaba. Estaba empapada de pies a cabeza y el agua le corría por la cara, pero ella ni siquiera pestañeaba. Alzó la mirada y habló con voz calmada:

-Sí, ya lo sé... quieres que vuelva...

Provincia de Fujian-Taiwan 1751

Era media tarde de un soleado día de Mayo. El verano apenas comenzaba y la temperatura se mantenía templada y agradable. Antes de acabar el mes el calor aumentaría considerablemente y la humedad se tornaría muy molesta. Pero no aún, todavía habría muchas tardes bellas, como en esa ocasión.

Un lujoso aunque pequeño carruaje atravesaba el camino que nacía en Fuzhou y dividía en dos la provincia. El vehículo cruzaba majestuosamente el sendero que separaba ambos lados del bosque. Iba armando un gran alboroto y espantaba a los pequeños animales acostumbrados a buscar alimento en los lindes de la carretera.

Al llegar a un cruce aminoró la velocidad poco a poco hasta que se oyó la voz del cochero gritando "So", para detener a los caballos. Dentro del carruaje la trampilla que comunicaba al conductor con los viajeros se corrió a un lado y la sonriente cara de éste apareció.

-Me temo que no puedo llevaros más lejos señorita. -sonrisa apenada- Este es el límite de mi servicio.

-Oh, ¿de verdad? -una joven dama muy maquillada era la única viajera en el carro- pero puedo pagarte muy bien... -protestaba apesadumbrada.

-Lo siento señorita, pero ni todo el oro del mundo me convencería de cruzar esa tierra maldita. -sonrisa arrepentida. -es lo más lejos que nadie os va a llevar.

-Vaya, está bien. -la pálida doncella recogía sus cosas un poquito indignada. -Atiende -dijo, y cuando comprobó que le hacían caso añadió-, ¿serías tan amable de esperarme aquí?

El cochero no estaba seguro de la respuesta. Por un lado quería poner tierra de por medio inmediatamente, pero por otro lado, la mujer pagaba muy bien. Al final le dedicó su mejor cara de "lo haré si no hay más remedio, pero te costará caro", y contestó:

-Claro señorita, siempre y cuando partamos antes de que anochezca.

-No te preocupes por eso, -una enorme sonrisa iluminó la blanqueada cara- no tardaré mucho.

El conductor la observó alejarse. No se imaginaba que asuntos podía tener una delicada aristócrata de ciudad en un lugar maldito como aquel.

El cuidador del jardín la observó acercarse. Una joven mujer ataviada con preciosas y caras ropas de cintura entallada, propias de nobles de palacio, curiosa visión para quien dedica su vida a mantener y vigilar un "jardín de reposo". Inicialmente le dio la impresión de que caminaba con gran soltura entre las ramas y la maleza, incluso con las largas faldas con flores estampadas que colgaban hasta el suelo. Curioso como era, dejó la pala y la observó mejor: ahora la mujer luchaba con cada piedrecita o hierbajo que surgía en su camino, pugnando por no ir al suelo, al parecer había visto mal.

Estuvo tentado de saludarla con la mano, pero se lo pensó mejor y se acercó, se inclinó respetuosamente y la ayudó a salir de una zanja.

-Buenas tardes señora, mi nombre es Gu Jinhuan, vuestro humilde servidor. -se inclinó nuevamente.

-Buenas tardes Gu Jinhuan. -leve inclinación de cabeza - dime, ¿vives aquí?
-Si señora, soy el cuidador del... jardín señora. -supuso que jardín sonaría mucho mejor que cementerio.

-Estoy confusa Gu Jinhuan. -comentó mirando a su alrededor con ceño fruncido- se suponía que debía encontrarme con el señor de Qi Xing. Si mi cochero no se ha equivocado de camino, Qi Xing debía encontrarse aquí donde estamos. -dirigió una mirada inquisitiva al cuidador- ¿Por qué solo veo cruces al pie de esa vetusta mansión?

-Ay, señora. -el viejo sacudió la cabeza apenado- No sé quién os ha dicho eso, pero aquí no os encontraréis más que con fantasmas. -dirigió a la muchacha una mirada compungida, ella parecía sorprendida, no debía saber de que le estaba hablando. -El viejo pueblo de Qi Xing desapareció hace más de diez años. -meneó la cabeza apesadumbrado.

-¿Desaparecido? -la señorita no daba crédito a lo que oía.- ¿Cómo desaparece un pueblo?

-Yo sólo conozco las leyendas... -el viejo pareció recordar algo- quizá a quien queréis ver sea al monje gris.

-¿El monje gris?

-Si señora, el monje gris es el nieto del sobrino del último señor de Qi Xing. Habría sido el señor del pueblo en su momento. Si el pueblo aún existiera.

-Vaya. -a juzgar por su gesto la mujer no parecía del todo convencida, pero finalmente juzgó: -Supongo que sí. ¿Cómo puedo ver al monje gris?

-Ah, estáis de suerte, el monje viene cada luna nueva para presentar los respetos a su familia. Y casualmente hoy toca luna nueva.

-Está bien. -para sorpresa del jardinero, la joven se sentó en la hierba. -Esperaré . -tras unos momentos de contemplar el mar de cruces, preguntó -¿Qué sucedió aquí, Gu Jinhuan? ¿Qué hizo desaparecer a este pueblo?

-Como os he dicho antes, yo sólo conozco las historias que cuenta la gente. Si así lo deseáis estaré encantado de narrarlas.

-Si, por favor. -la dama sonreía , se mostraba muy complacida con la idea. Se acomodó para oír la narración.

-Entonces... veamos, ¿cómo empezaba? Ah, si, decía así:

>>Al parecer, un amanecer de otoño, hace unos trece años, la desgracia golpeo al pueblo de Qi Xing por primera vez... -se aclaró la garganta para crear un efecto dramático, le gustaba contar historias y hacía mucho que no tenía una audiencia interesada. -Un viejo del lugar, el encargado de cuidar el cobertizo del señor, o algo así... fue a... bien, a eso, a cuidar del cobertizo y entonces la encontró allí.

-¿Encontró qué...? -se interrumpió y abrió los ojos de par en par- ¿...a quién?

-A una pequeña muchacha, la nieta del señor de Qi Xing... -hizo otra pausa para dejarle rumiar la frase- Un bandido había irrumpido en el pueblo a hurtadillas esa misma noche y le había dado muerte, para después sucumbir a su vez al tropezar y caer de mala manera, sin duda al intentar huir, aterrado por lo que había hecho. Se dice que la chiquilla era una jovencita encantadora y todo el pueblo le tenía gran aprecio. Por eso el dolor fue grande y el pueblo se sumergió en la tristeza... Pero lo peor estaba por venir.

-¿Lo peor? -el narrador sonrió, la historia la había calado hondo. -¿Qué fue lo peor?

-Bien... el mismo día del entierro de la pequeña, con todo el pueblo preparándose para acudir al entierro, llegaron unos invitados inesperados. Cuentan que un muchacho que buscaba leña en el bosque fue el primero en verlos: un pequeño ejército de soldados o mercenarios... no sé, se cuentan varias versiones... lo que ninguna versión olvida es el estandarte con el símbolo del dragón negro.

-¿Qué ocurrió entonces? -la mujer no ocultaba su ansiedad.

-Se cuenta que un hombre de barba cana al que faltaba el ojo izquierdo lideraba el grupo. Lo primero que hizo este hombre fue acudir al señor Takahashi (el abuelo de la muchacha y señor del pueblo) y amenazarlo con saquear el pueblo si no les entregaban a una supuesta prófuga que, decían, habían seguido hasta allí...

>>El alcalde negó conocer a la fugitiva y les pidió, cortés pero enérgicamente, que abandonasen el poblado y no interfiriesen en el entierro de su nieta. Cuentan que, por unos momentos, el jefe de los guerreros consideró la idea de marcharse... hasta que descubrió el cadáver del supuesto bandido.

>>La historia dice que el líder de la partida enloqueció. Algunos relatan que el bandido era su hermano, otros que un amigo muy querido. El caso es que no tuvieron piedad alguna con el pueblo. Pocos escaparon con vida de la masacre y posterior incendio, y entre ellos no estaba el señor de Qi Xing...

-el cuidador de jardines alargó a propósito estas palabras para acentuar el final de su historia. Después dedicó una sonrisa a la escuchante. -Lo siento, os he aburrido... siempre que cuento esta historia me sucede igual.

Como vio que la historia había terminado, la joven se levantó y se sacudió el polvo de la falda. Sonrió al cuentacuentos y le habló:

-Gracias por la historia Gu Jinhuan. Ahora debo irme.

-¿No vais a esperar al monje gris?

-No, lo siento. Se me ha hecho muy tarde. -y efectivamente la oscuridad no tardaría en cernirse sobre ellos.

La joven se alejó caminando hacia donde había dejado el carruaje. Cuando ya estaba a cierta distancia el viejo recordó algo y gritó:

-¿Quién debo decir que venía a visitar al señor de Qi Xing?

La mujer se giró y le miró.

-Di que Meyko... le envía saludos.

Monasterio de Gui Yang, China 1783

Dentro de la amplia oficina del abad reinaba la calma. La sobrecargada decoración a base de muebles de caoba tallados con símbolos del chino arcaico insinuaba la personalidad avariciosa y compulsiva de su propietario. Docenas de grabados antiguos cubrían casi por completo las frías paredes de piedra que tanto desagradaban al abad. El joven (al menos en apariencia) monje había escalado puestos en la jerarquía de la orden rápidamente, en opinión de algunos miembros, de la mayoría en realidad, el único motivo de dicha ascensión era su interminable lista de amigos y conocidos. Y tras haber llegado tan alto, su oficina, como le gustaba llamarla a él, se le antojaba poco acogedora y anticuada. Era un forrofo de los avances tecnológicos y científicos y procuraba conseguirse para sí tantos juguetes nuevos como caían cerca de sus manos.

Como medida de protección para sus valiosos hallazgos había mandado asegurar la enorme puerta de caoba, única entrada a su despacho, con multitud de candados y medidas de seguridad. Por eso cuando el mismo abad irrumpió bruscamente a la carrera a través de dicha puerta, una gran cantidad de estrepitosos timbres comenzó a sonar. Ahora no tenía tiempo ni ánimos para preocuparse por dichas alarmas, cruzó el umbral atropelladamente, a trompicones y casi yéndose al suelo al entrar. Los continuos jadeos que emitía y la cara empapada en sudor hacían suponer que había recorrido cierta distancia huyendo de algo o de alguien. La expresión de terror que llevaba grabada en la cara sugerían poco interés por ser alcanzado por ese algo o alguien.

Se dirigió directamente a la enorme mesa (de caoba, por supuesto) que presidía la oficina a unos diez metros de la entrada. Hurgó en los bolsillos de su túnica con temblorosas manos. La torpeza con la que se movía propició que tardara un precioso tiempo en hallar el manojito de llaves que escondía en el reverso de su vestido. Cuando por fin tenía bien sujeto el aro metálico que agrupaba todas sus llaves, lo observó como si fuera su mayor tesoro. Se enjugó el sudor y resopló mientras consideraba cual era la llave que buscaba y cual el cajón que quería abrir.

Escuchó un crujido y el corazón le dio un vuelco. No había nadie, aún. Estúpidas termitas, pensó. Sin poder deshacerse de los nervios que le atenazaban los músculos, se inclinó para observar sus cajones. Encontró el que buscaba y alargó la rígida mano que sostenía las llaves hacia él. Le costó varios intentos introducir la llave correcta en la cerradura, lo cual lo puso aún más nervioso, si tal cosa era posible. Finalmente abrió el cajón.

Lanzó una risita alterada. No se había equivocado, la pistola seguía allí. La recogió con esperanza.

Un grito ahogado se coló en la habitación, proveniente del pasillo contiguo. Ya estaba allí. Comprobó el estado del arma. ¡Descargado... estaba descargado! Claro, y lo sabía muy bien, porque lo había utilizado hacía poco en circunstancias muy distintas. Había olvidado recargarlo y ahora se encontraba en aquella maldita situación. Atajó una lágrima que le recorría la cara, limpiándosela con la mano y sorbió por la nariz. Aún estaba a tiempo. Abrió el otro cajón, más fácilmente, al parecer estaba algo más sereno. Sacó el saquito de pólvora, los proyectiles, el mezclador...

Como un fantasma, ella surgió a través de la puerta. Sus pasos no hacían ruido en la piedra hueca del suelo. Daba la impresión de que se desplazaba flotando en el aire, sin caminar realmente.

El abad la había percibido sólo porque no dejaba de mirar a la puerta cada dos segundos. Al verla allí, aquella pálida cara sumergida en las profundidades de la larga túnica negra que la cubría completamente, pensó en la muerte. Estuvo a punto de darle un síncope, pero aguantó. En lugar de desmayarse se afanó en preparar el arma lo antes posible.

La muerte le habló:

-Bonita pistola, prior. -éste se olvido del arma y fijó sus ojos, completamente desencajados, en ella. Su extrañamente cálida voz lo sorprendió. La estuvo escudriñando detenidamente hasta que consiguió ver más allá del negro velo y comprobar que allí había una bella mujer de ojos negros, no un fantasma. Esto no lo calmaba, había visto caer a toda su guardia frente a esta "mujer". Regresó a la carga de la pistola, aunque bastante desesperanzado. -El señor Xu me dio esto para usted. -una mano surgió en uno de los extremos del vestido y le lanzó un paquetito.

Demasiado asustado para cogerlo al aire, el abad lo dejó caer sobre la mesa. Era un bulto pequeño, envuelto en un papel amarillento con el sello del dragón negro. Interrumpiendo el proceso de preparación de la pistola, dejó el saquito de pólvora al lado del paquete y recogió esto último. Lo desenvolvió con una mano y apartó el pequeño papel. Aferró el contenido con los ahora amarillentos dedos. Una bala de oro. Hwang Xu estaba muerto.

Miró a la parca a la cara. Por fin se atrevió a hablar.

-No-no sabes con quien te enfrentas. -tragó saliva, tenía la garganta muy seca. Tragó fuerte y el ruido que hizo fue bastante desagradable. No lo haría otra vez, no quería demostrar cuanto miedo tenía.- El...el-la marca del dragón negro te perseguirá y te... -se pensó esto último- ...te matará. Nuestro poder va más allá de lo que puedas imaginar.

-¡Oh, me ofende! -espetó ella con voz cómicamente afectada- ¿Dice que no se acuerda de mi?

<<No -rumió él- no la recuerdo porque nunca había visto a la muerte hasta ahora. ¡Mierda! ¿No está ahora más cerca que antes? Pero no la he visto moverse...>>

-Yo lo recuerdo bien a usted. Tan asustadizo, en una esquina del sótano de Yamada. -el monje pegó un respingo, ¡el sótano de Yamada!- Ah, ahora le suena más, ¿verdad? Ustedes... -prosiguió- ...querían algo muy valioso que no se atrevían a coger. Y yo... digamos que yo tenía la llave.

<<Bonito eufemismo -pensó el abad, que ahora sabía de que le hablaba- una curiosa manera de narrar el contrato de una famosa asesina para que robase el símbolo del dragón de las frías manos de hermano del Shogun.>>

-No puede ser -refutó él sin ninguna convicción-. Eso fue hace más de cien años, deberías estar muerta...

-¿Y vos no, "abad"? -pronunció la palabra abad con ironía una sonrisa sarcástica cruzó su semblante. El monje pudo verla sin dificultad, puesto que ella se encontraba ya al pie de la mesa.

-La marca... ¿También te afectó...? -la comprensión de este hecho le hizo preguntarse si podría matarla. Trató de entretenerla.- ¿Qué buscas ahora? ¿Venganza? No creo que eso te sea muy provechoso.

-¿Venganza? ¿Por qué? ¿Por dejarme a merced de la guardia del Shogun? ¿Por negarme mi pago? ¿O tal vez por darme caza como a un animal? -dejo entrever que se divertía con esto- En realidad no... ¿sabe? Dejé correr el asunto en su momento porque... bueno, como usted mismo ha dicho, no me iba a resultar provechoso. -hizo una pausa- se habían librado ustedes, hasta que cometieron el error de saquear la aldea de Qi Xing.

-¿La aldea de Qi Xing? -hizo memoria, eran pocos los pueblos que recordaba haber atacado- ¿aquel pueblo taiwanes en medio del bosque? -sacudió la cabeza extrañado- ¿qué importancia tenía ese...? -se interrumpió, no queriendo empeorar su situación.

-Oh, ¿para mi? Ninguna en realidad. Es cosa de mi actual patrón, ¿sabe? A ella le sentó muy mal lo que hicieron.

El abad creyó ver que al decir "ella" señalaba hacia un lado con la cabeza. Miró en la dirección indicada pero no vio nada.

-Pero yo no tuve nada que ver con aquello. -se disculpó- Por aquel entonces yo no era más que el portaestandarte. El responsable fue el Gran Maestro de la orden, descubrió el cadáver de su hermano y... enloqueció. Gritó "¡Matadlos a todos! ¡Incendia el pueblo! ¡Qué no quede nadie con vida!" Yo... no podía hacer otra cosa.

Para su asombro, ya no lo miraba a él, sino que se limitaba a trastear con los papeles sobre su mesa. No, no trasteaba, buscaba algo concreto, sabía lo que hacía.

El abad alzó el arma y ordenó:

-Dejé eso. -las negras pupilas de la mujer lo miraron de reojo mientras le dedicaba una temible sonrisa. El arma se disparó... hacia el techo. Un pequeño tridente de mano lo mantenía desviado en aquella dirección. Con un giro de muñeca despojó al pistolero de su juguete. El hombre retrocedió, pero no se daba por vencido.

-Puedo pagarle más de lo que le pagan ahora. -sabía que era desesperado, pero no se le ocurría nada más- Ahora soy rico. Le daré el triple de lo que le pagan.

-El triple de nada es nada... -rechazó ella sin siquiera mirarle. Recogió unos papeles y dio media vuelta.

Se marchó.

El abad no podía creer su buena fortuna. Sólo quería esos papeles... papeles con ciertos nombres por lo que él había visto. Bueno, que los propietarios de esos nombres lidiaran ahora con ella. Se enjugó la frente. ¡Que miedo había pasado! Aún no dejaba de sudar y el corazón le palpitaba a mil por hora... Y... ¿le costaba respirar? le empezaba a doler la cabeza y veía algo borroso... fue a frotarse los ojos y se quedó contemplando los dedos teñidos de ocre. Miró el amarillento papel en que estaba envuelta la bala de oro y cayó al suelo.

Consulado inglés en Moscú, Rusia 1799

-¿Señor Smirnoff? -una hermosa mujer rubia oculta tras unas gruesas gafas asomaba medio cuerpo a través de la puerta que daba al recibidor. En éste dos personas aguardaban, una de ellas cómodamente sentada en el sofá francés de importación y la otra atenta junto a la puerta de la calle, vigilante.- El señor cónsul le recibirá ahora.

-¡Gracias! -respondió el hombre del sofá. El hombre, delgado y alto con un enorme mostacho que le cubría completamente la boca, aunque nadie lo observaba, se levantó con solemnidad, cómo queriendo demostrar su clase.

Guardó su pipa y siguió a la mujer que le esperaba en el umbral con la cabeza gacha. No la reconocía, supuso que era una de esas muchachas con las que el cónsul se prodigaba tanto. Se agarró las solapas del traje y se lo acomodó al cuerpo. Entró en el pequeño aunque generosamente decorado despacho del cónsul, un tipo voluminoso, de pelo cano y enormes patillas, y permaneció de pie frente a la mesa en espera de que éste le concediera la palabra.

A su espalda la joven se dispuso a cerrar la puerta tras ellos, pero un brazo embutido en una casaca azul se lo impidió. La mujer se echó un paso hacia atrás, sorprendida. Observó al tipo de la casaca azul sin atreverse a mirarlo a la cara, era el sujeto que aguardaba al lado de la puerta junto al señor Smirnoff. Sin saber muy bien que hacer decidió dejarlo pasar.

-Señor Smirnoff, me alegro de verlo. -el cónsul había dejado a un lado los papeles en los que trabajaba, sin duda únicamente para hacer ver que la visita no le causaba gran interés. Paseó la vista del recién llegado, al tipo de la casaca y enorme gorra de chófer y finalmente a su secretaria, quien se afanaba por cerrar la puerta en silencio.- ¿De veras cree necesario traerse a Igor hasta mi despacho? ¿Acaso cree que no está seguro aquí?- el embajador utilizaba un tono cautamente indignado, no por nada era un maestro de las relaciones públicas.

-¿Bromea su señoría? -el hombre del bigotazo permanecía en pie, todo estirado como un teniente de caballería- Con esa "mujer" suelta por ahí no me siento seguro en ninguna parte. -en otra compañía habría negado ese temor, pero el cónsul era un hombre práctico, no le importaban nimiedades como el honor o la hombría. Por otra parte, y como todos sus allegados sabían, Igor seguía a Ivan Smirnoff dondequiera que éste fuese. Éste Igor era un tipo pequeño, pero por lo que se decía de él había hecho llorar a hombres tres veces más grandes que él.

El cónsul dejó resbalar su monóculo por la mejilla y asintió. Igor permanecía con los brazos cruzados, mirando al suelo y con una pierna apoyada en el marco de la puerta, a su lado estaba la joven secretaria, sentada a su mesita, intentando ignorar al chófer y parecer ocupada.

-¿Y bien? -el cónsul rompió el breve silencio que se había producido- ¿Qué han conseguido sacar al interfecto?

-¡Señor cónsul! -Smirnoff parecía alterado- ¿Po-podemos hablar de ese tema con... ya sabe?- señaló a la muchacha con la cabeza.

-Natascha es de plena confianza, Smirnoff. -repuso su interlocutor con tono fingidamente irritado.- Yo más bien me preocuparía por ese chófer de baja estofa que lleva siempre consigo. Pero usted verá.

Algo menos azorado, Smirnoff abordó el tema:

-Bueno, el señor Nakata...

-Nada de nombres señor Smirnoff, parece usted nuevo en esto.

-Lo lamento señoría. El sujeto, como era de esperar, se negó a colaborar inicialmente. -el cónsul sonrió, sabía lo que significaba "inicialmente"- De modo que, viendo que la caballerosidad no me llevaría a ninguna parte con semejante bárbaro, supuse que alguien, como usted mismo ha comentado, menos cortés (es decir, Igor) sabría tratar mejor con él.

-Vaya al grano. -aunque lo ocultaba perfectamente, el cónsul también tenía sus miedos.

-Por supuesto señor cónsul. -Smirnoff no ocultaba su contrariedad, sabía de las bruscas maneras del cónsul, pero eso no hacía que lo irritasen menos. Al fin y al cabo él era un hombre respetable.- Nakata... -se mordió el labio- ...el interrogado admitió conocer a la mujer de la que hablamos. -el cónsul se mostró complacido- Reconoció también que trabajaba para ella a modo de espía, recopilando tantos nombres y direcciones como le era posible.

-Su nombre, Smirnoff, ¿le dijo su nombre? ¿Quién es esa mujer o cómo encontrarla? -el enorme diplomático se mostraba abiertamente excitado.

-Meyko, señor, es todo lo que dijo. Así es como él la conoce, no sabe más.

-¿No sabe más? ¿Y lo dejó usted así? ¿No encontró la manera de sonsacarle más detalles? Es usted un blandengue, Smirnoff. Haga que me lo traigan aquí y conseguiré que le arranquen hasta el último ápice de información.

-Me temo que me he expresado mal, señoría. -añadió el hombre del porte solemne, bastante indignado- El interrogado no "sabía" más.

-Hmmm... -el cónsul se calmó y se acomodó en su silla- Sí, estos orientales son bastante endebles. -tras una corta pausa añadió- En fin, confió en que lo que hemos obtenido sea suficiente para otorgarme ese ascenso tan merecido dentro de la organización. ¡Gracias por su ayuda, Smirnoff! Le recompensaré. -con una bonita soga al cuello, planeó.

-No quisiera parecer irrespetuoso, señor cónsul. -Ivan parecía cualquier cosa menos respetuoso- Pero quisiera acudir a la reunión.

El rechoncho hombretón lo miró pasmado y objetó:

-Sabe que sólo los miembros de alto rango pueden acudir, Smirnoff. ¿Cómo se le ocurre semejante majadería?

-Con todos mis respetos, señor, creo que hicimos un pacto entre caballeros. -la grave voz de Ivan sonaba apremiante.

El cónsul pensó en hacerse el ofendido, pero desechó la idea. Le seguiría el juego y después pagaría al mismo Igor para que "se ocupara de él". Smirnoff le había sido valioso, pero no era el tipo de persona que quería ver sentado a su silla. Además sabía muchas cosas de él... demasiadas.

-Muy bien. -concedió el anfitrión. Abrió un armarito cerrado con llave y sacó tres enormes vasos y una botella, aún sin abrir, de Armagnac.- ¿Le apetece un trago, Ivan?

-Es muy amable por su parte, señorita, pero no lo considero adecuado. -además le había llamado por el nombre de pila, ¡qué desfachatez!

-Claro, claro, es muy temprano aún ¿verdad? -hablaba con un tono ofensivamente condescendiente.

Para escándalo del caballero del bigote, el cónsul abrió la botella y vertió todo el contenido en los tres vasos. A continuación introdujo los dedos en el recipiente e hizo aparecer un cordel. Estiró de él y del cuello de la botella surgió un pergamino estampado con la marca del dragón negro. Lo desenrolló, lo observó detenidamente y, tras lanzar una corta risa de satisfacción, se lo ofreció a Smirnoff.

-Aquí tiene -dijo en tono algo más cortés-. Espero que sea de su agrado.

Smirnoff agarró el papel y lo estudió con asombro. En él estaba detallado el lugar de la reunión, la manera de llegar a éste y el sistema de contraseñas a emplear. Ivan miró al sonriente cónsul y contestó:

-Bien, señor. Ahora debería saludarle con corrección y decir que lo lamento profundamente, -en el rostro del cínico inglés se dibujaba una expresión de extrañeza- pero el caso es que considero que es usted un cerdo insolente y completamente carente de honor. -dio media vuelta a la manera marcial y avanzó dos pasos. Volvió a girarse lentamente, el cónsul aún no había reaccionado, y añadió- Ah, y me complazco de lo que le va a suceder.

El inglés no aguantó más, se levantó bruscamente de su silla, echándola al suelo en el proceso. Levantó un brazo con el dedo extendido señalando al techo y abrió una enorme boca de ballenato, y no dijo nada. No habló porque le faltaba el aire, un fino hilo le rodeaba el cuello con fuerza asfixiante. La cara se le puso completamente roja y las venas de los ojos se le hincharon, antes de expirar y caer al suelo estruendosamente.

Tras él, el chófer soltó el hilo y lo recogió, sólo que no era Igor, sino una mujer. Alzó la vista para contemplar que Natascha seguía dormida por efecto del dardo drogado y un negro mechón asomó desde la gorra deslizándose hasta su barbilla. Sus ojos, negros como la noche, destellaron.

Calcuta, India 1807

-Entiendo que todos ustedes están inquietos y preocupados -la voz del vicemaestre sonaba conciliadora-, sobre todo a raíz de lo sucedido en nuestra última reunión... -dejó que las palabras calaran en los presentes- Sin embargo, confíen en mí cuando les digo que aquí están completamente seguros. Ella está localizada en Europa y sólo nosotros cinco conocemos esta reunión.

Los cuatro hombres sentados a la larga mesa de reuniones bajaron momentáneamente la guardia, seguían intranquilos, pero se forzaron a confiar los unos en los otros. Por mucho que lo detestasen no tenían más remedio.

-Lo que voy a explicarles a continuación les sonará a todos a historia antigua, lo sé. Por favor, tengan paciencia y permítanme desarrollar la narración sin interrupciones. -dado que no veía caras de desaprobación continuó- Como decía, todos ustedes conocen sobradamente amplios pasajes del relato, pero todos desconocen uno u otro detalle. Gran parte de los problemas con que hemos tenido que lidiar en la organización se han debido a la falta de confianza y comunicación, los secretos y las tramas de unos con y contra los otros. -Yagatai, el caudillo mongol hizo ademán de objetar algo, pero Bastian lo fulminó con la mirada- Sin extenderme demasiado, quisiera contar los hechos en orden y añadiendo todos los detalles relevantes, así que si alguno de ustedes tiene algo que decir, que lo haga ahora, por favor.

La cortesía con que se dirigía a los presentes no servía para camuflar el hecho de que todos se conocían perfectamente y lo conocían a él. El orador no deseaba interrupción alguna, ni una vez comenzado el relato ni ahora. Todos callaron. Wulhahaka, el tremendo guerrero mongol, se retorció en su asiento para ponerse cómodo, cosa que haría a intervalos regulares durante toda la reunión. Como le gustaba recalcar al capitán Blásquez, no había asientos en el mundo para la mole del tamaño de Nueva Guinea que Wulhahaka llamaba su culo.

-No lo interrumpiremos vicemaestre -Blásquez era uno de los pocos que no temía a Bastian-, si es tan amable de iniciar su narración...

El vicemaestre sostuvo la mirada desafiante del capitán español. Hacía tiempo que se habrían matado entre ellos de haber podido. Adoptando nuevamente la expresión severa de narrador imparcial prosiguió:

-El principio de esta historia la conocen bien: Hace unos ciento treinta años, mi padre, Edgar Sallensworth, lideró junto a su hermano William, un pequeño destacamento inglés cuyo destino era la provincia china de Zhejian. Sus ordenes eran reforzar las defensas de una valiosa red de minas propiedad de su majestad, el rey de Inglaterra, de los ataques de una banda de piratas españoles, al parecer obsesionados con el lugar. -por supuesto, eso no era más que una versión adornada y poco fiel a la verdad. La verdad es que Sallensworth era tan pirata como Blasquez y sus hombres, la diferencia era que aún no se le había caído el disfraz.

>>Tras ser aprisionado, y a cambio de que le perdonasen la vida Blásquez confesó andar en busca de una antigua reliquia que, según las leyendas que se narraban por todo el Pacífico, conduciría a un templo, lugar de gran poder y riquezas.

>>Contra todo pronóstico, la leyenda del templo del dragón negro impresionó al almirante sobremanera. Todavía desconocemos cuales fueron las razones que lo empujaron a fiarse del vil pirata... -Bastian dirigió una mirada al capitán- sin ofensa... -queriendo decir "púdrete bastardo"- El caso -continuó sin esperar respuesta-, es que mi padre mandó llamar a su familia (consistente en mis dos hermanos menores, mi madre y yo mismo) y, tomando al pirata como consejero, se instaló en Zhejian.

>>Edgar Sallensworth, acompañado de su hermano, algunos de sus hombres más fieles y el infame pirata, recorrió toda china en busca del legendario templo y las reliquias que le permitirían acceder a él. Las inscripciones de Zhejian y los consejos de Blásquez condujeron erráticamente a la pequeña compañía (a la que con el tiempo nos unimos mis hermanos y yo) por los rincones más inhóspitos de Asia. Hasta que dieron con el lugar, en la isla de Taiwan.

>>Para entonces se habían hecho con uno de los símbolos del dragón, una de las dos áureas piezas circulares, y habían localizado la otra: en manos del hermano del último Shogun del japon. El país era un lugar peligroso en aquella época y moverse por la isla en escaso número podía ser peligroso, de modo que el pirata Blásquez sugirió alegremente que contratáramos mercenarios para mayor seguridad. Y por supuesto, contratamos a la peor banda de bastardos y malnacidos de todo Asia: los hombres de Yagatai Mahmud.

El mongol sonrió, hubiera soltado una carcajada si la reunión no fuera tan importante. El colosal Wulhahaka se limitó a acomodarse en su silla, mientras que Shojiro Hukudo, el ronin japonés, se sintió profundamente ofendido.

>>Una vez que estuvimos en Edo, tanteamos a Tokugawa para saber que oferta podría satisfacerle. Pero el hombre tenía todo lo que podía desear, así que no quedaba más remedio que sustraer el objeto. Dado que el ataque directo hubiera significado un suicidio, nos decidimos por un medio más furtivo: Contratamos a una afamada asesina y ladrona que Yagatai tuvo la amabilidad de recomendarnos, la mujer conocida sólo como "el fantasma".

>>La bandida demostró sus habilidades introduciéndose en palacio sin ser vista. Robó el símbolo y se dispuso a salir. Aún no sabemos qué la delató, pero la guardia advirtió su presencia y tuvimos que retirarnos. Por suerte, apareció más tarde en el lugar de reunión, donde le comunicamos que el revuelo que había armado nos ponía en una complicada situación y rehusábamos a pagarle.

>>No lo supimos entonces, pero el fantasma no se dio por vencida. Decidida a cobrarse su trabajo, nos siguió en nuestro viaje al templo del dragón negro, suponiendo que allí habría algo valioso que robar.

>>Tras la liberación del ritual, mi padre y yo la descubrimos allí, en la sala del tesoro. Por desgracia, los mercenarios de Mahmud también habían sabido de nuestros planes y se abalanzaron en aquel momento sobre nosotros. Ella huyó.

>>Finalmente, comprendimos que el poder y las riquezas del templo del dragón nos serían más útiles si uníamos fuerzas, de modo que en las siguientes décadas fundamos la orden del dragón negro y ascendimos en fuerza y en poder.

La audiencia se impacientaba, cierto que habían aprendido algunas cosas acerca de la mujer que podían serles de utilidad, pero Bastian se adornaba demasiado y les contaba muchas cosas que conocían perfectamente.

-En la década de 1730 recibimos noticias de mi tío Edgard, quien se ocupaba de guardar el templo en nuestra ausencia (ya que por aquel entonces establecimos nuestra base en Zhejian). La mujer había vuelto y había tratado de entrar en el templo. Habían pasado cincuenta años, lo que nos convenció de que la marca también le había afectado a ella.

>>Nos movilizamos y, en catorce días llegamos a Qi Xing, donde le habíamos perdido la pista. Al parecer había vuelto a escapar, no sin antes ocuparse de mi pobre tío.

El jefe de los mercenarios sonreía y se mesaba los largos bigotes al recordar Qi Xing, complacido por un trabajo bien hecho. Blásquez aún sentía náuseas, porque, aunque era un pirata, no era amigo de matanzas como aquella.

-Transcurrieron otros cincuenta años antes de que tuviéramos noticias de ella, aunque fueron numerosas noticias y de índole más bien desagradable. Múltiples referencias la situaban por todo el continente asiático, y siempre tenían como desenlace la muerte de uno de los nuestros. Alrededor de ella se forjó una leyenda, se decía que era un demonio, un espíritu maligno, o la misma parca. Se hacía llamar Meyko y se andaba con más remilgos a la hora de matar, pero no hay duda de que se trataba de la misma mujer.

>>Y por fin, hace ocho años, nos tendió la trampa que tantos miembros nos costó... no creo que haga falta entrar en detalles con eso.

-Bonito cuento -apostilló el pirata-, ¿quieres decirnos porque nos haces perder el tiempo de esta manera?

-Ahora que todos estamos de acuerdo en que no hay demonio ni fantasma -prosiguió haciendo caso omiso de Blásquez-, comprendemos su naturaleza y sus motivaciones, y sobre todo, sabemos que se puede acabar con ella... Procederé con el siguiente punto de la reunión: Su eliminación.

Todos se revolvieron en sus asientos, excepto Wulhahaka, que por fin había encontrado postura. Aquello si prometía ser interesante.

-Me complazco en anunciarles que esta vez tenemos ventaja sobre ella: sabemos donde está y conocemos su próximo objetivo. Hemos echado el anzuelo y ahora necesito la ayuda de todos ustedes para tirar del sedal...

Toulouse, Francia 1808

Entre toda la multitud congregada en las calles, el fraile del hábito gris pasaba completamente desapercibido. Las tropas de Napoleón acababan de invadir la península Ibérica y la ciudad se había convertido en un ir y venir de refuerzos y suministros. Si algún soldado cometía la estupidez de detenerle por cualquier motivo, no tenía más que remangarse y mostrar el caro anillo engastado con la marca del dragón, y lo dejaban ir. No obstante, aunque mermados, los miembros de la cofradía del dragón negro aún poseían buenos contactos, y el emperador se contaba entre ellos.

Así ataviado, Arthur Hodges cruzó la calle mayor sin percatarse de que lo seguían. El perseguidor llevaba galones de capitán y no había en la ciudad militar alguno de rango superior que se atreviese a obstaculizarlo. De haberlo hecho, no habrían tardado en ver que el supuesto oficial era en realidad una mujer.

Ella conocía el destino de Hodges, así que se mantenía a buena distancia de él. Llevaba tiempo observándole e investigándole y sabía de sus costumbres mejor que él mismo. Ahora se dirigía a la vieja capilla en las afueras de Toulouse. Esta había sido en realidad un antiguo lugar de reunión de los revolucionarios durante la revolución francesa.

Tras dar tiempo a su presa a entrar cómodamente en la iglesia, lo siguió. Tal como habían prometido, los soldados que guardaban la puerta dejaron su puesto en cuanto Hodges entró. Meyko se incomodó al recordar que, nuevamente, dependía de otros, pero lo contrario hubiera supuesto probablemente, tener que matar al menos a alguno de los soldados, cosa que no podía permitirse. De todos modos, cuando acabase con Hodges sólo quedarían seis más. Luego ella descansaría en paz.

Una vez dentro del edificio, dejó el enorme sombrero de capitán tras el altar y accionó la manivela tras el púlpito, abriendo la trampilla secreta. Bajó los escalones sin causar el menor sonido. Creyó percibir que el espíritu que la acompañaba trataba de hablarle, pero por algún motivo la sentía más débil, lejos. Quizá fuese la misma iglesia la que debilitaba su conexión. Decidió dejar esa preocupación para más adelante.

La infinidad de escalones conducían a un oscuro sótano que los revolucionarios habrían usado como lugar de reuniones unos veinte años atrás. A la luz de unos enormes candelabros, el veterano miembro de la orden del dragón (antes teniente Hodges) trabajaba en una serie de cartas que debían advertir al resto de la organización de las últimas acciones de la mujer llamada Meyko. Lo que no advertían era que dicha mujer se encontraba en su misma habitación, dispuesta a que su siguiente acción fuese a su vez la última del escritor de cartas.

El estruendo del portón al cerrarse de golpe espantó a Hodges, quien saltó de su silla echando ambos candelabros al suelo. Meyko, oculta en una esquina del ahora negro despacho, también se sorprendió. La falta de luz no era impedimento para ella, que ahora percibía a cerca de media docena de hombres bajando las escaleras que llevaban al despacho. No estaban allí antes, puesto que los hubiera descubierto, sin duda habían cerrado la puerta mediante un mecanismo, desde lejos.

La mujer no se preocupó en exceso, aunque había comprobado la fortaleza del portón, no dudaba de que encontraría el modo de abrirla, aunque de momento prefería esperar acontecimientos.

-No puedes escapar de aquí -la voz de Hodges provenía de la otra esquina de la habitación-. Esta vez has perdido.

La voz sonaba entre temerosa y satisfecha. Meyko comprendió que si sabía de su presencia no podía deberse a que la hubiera detectado, sino a que la esperaban. Le habían tendido una trampa, faltaba saber de que naturaleza. Los cánticos que se iniciaban en el exterior dieron respuesta a esa incógnita: Ella conocía esos cánticos, eran parte de un antiguo conjuro, y reconoció algunas de las voces también, al menos Bastian Sallensworth y el pirata Blásquez... también Yagatai, probablemente. Llevaba tanto tiempo acechándolos, que los conocía como conocía el reverso de su espada.

-¿Conoces el conjuro? -Hodges se envalentonaba por momentos- Es una poderosa magia de paralización. Vas a pasar la eternidad en este oscuro agujero.

-Estupendo. -Meyko había recogido los candelabros y prendía las velas que se habían apagado en la caída- Mientras me hagas compañía. -la sincera sonrisa que dedicó a Hodges le pareció a éste el gesto más tenebroso que jamás había contemplado. Ese parecía el motivo del rescate de los candelabros.

-¿Yo? -el valor se esfumaba rápidamente en Hodges- ¿Qué vas a hacerme? ¡Déjame, tú ya estás muerta!

Meyko soltó una risita que hubiera resultado muy agradable en otras circunstancias y contestó:

-Lo que van a hacer ellos es lo que debería preocuparte. -se sentó sobre la mesa, no daba señales de querer combatir su destino, tal vez no veía la manera.- Creo que quien no conoce bien ese conjuro eres tú, Arthur Hodges. -hizo una pausa y cuando vio que el otro se disponía a hablar, continuó- No les es posible enfocar el hechizo en mí si ni siquiera pueden verme. -miró fijamente al inglés- No tienen más remedio que congelar toda la habitación. Y ¿sabes qué? no creo que les de mucha pena.

Aunque estaba a punto de derrumbarse, el teniente decidió no dar esa satisfacción a la mujer, adoptó el porte más digno del que fue capaz y proclamó:

-Daré gustoso mi vida si con ello ayudo a acabar con quien mancilla nuestra orden llevando la sagrada marca del dragón negro.

Meyko volvió a soltar su escalofriante risita.

-¿La marca del dragón? -dijo entre risas- ¿Yo? ¿Y que te hace pensar eso? -el desconcierto de Hodges la divertía. Hubiera alargado el momento un poco más, pero el cántico no tardaría mucho en finalizar, así que le dio el toque de gracia. Introdujo dos finos dedos en el cinturón de su traje de capitán y deslizó hacia fuera un círculo de oro del tamaño de la palma de su mano. En él, un bello grabado mostraba un dragón con las zarpas extendidas.

Hodges retrocedió. Extrañamente olvidó el símbolo y una pregunta le vino a la mente:

-Si dices que no llevas la marca ¿Cómo puedes seguir viva aún?

-¿Qué efecto crees que tiene el ritual sobre los nuevos iniciados sin este bonito símbolo? -Meyko ignoraba la pregunta del inglés y contemplaba con gran interés los brillos que emitía el símbolo a la luz de las velas.

-¿Qué-qué? -fue lo único que acertó a decir el interpelado.

-¿No has advertido como la marca que adquieren los nuevos iniciados no apunta (como la vuestra) al corazón? -Hodges meditó, creía que era cierto, pero no le había concedido importancia- A falta de uno de los símbolos, querido Arthur, el ritual es una farsa... Cierto que el aspecto de los iniciados se mantiene joven durante cierto tiempo, pero pronto verás como empiezan a caer vuestros nuevos miembros como moscas.

>>En mi segunda incursión al templo me llevé este bonito recuerdo, querido Artie, a petición de vuestro querido Gran Maestro, Edgar Sallensworth.

-Eso es mentira. -lloriqueó Hodges.

-¡Cállate Artie! -a Meyko le complacía la reacción de su interlocutor, pero ya quedaba poco tiempo.- Verás... Digamos que adquieres la inmortalidad y grandes poderes que te hacen superior al resto de los humanos. ¿Qué bien, verdad? -sonrió burlescamente- Y supongamos que al tiempo que tú, todo un batallón de gente a la que tu consideras escoria adquiere también esos mismos dones. -Meyko puso un gesto compungido- ¿Qué mal, no?

En el fondo Arthur comprendía que era verdad. Sallensworth nunca había querido compartir la marca con todos ellos, había sido un accidente.

-Y lo más interesante -prosiguió Meyko-, lo comprendí hace poco: ¿Sabes quién me facilitó los nombres y direcciones de los queridos miembros de tu clan? -Hodges no se sentía capaz ya de contestar- Muy veladamente, eso sí, tu gran Maestro es un verdadero genio del encubrimiento. -parpadeó- ¡Qué lástima, el tiempo se acaba! En fin, moraleja: Si quieres deshacerte de unos ratones, muéstrales el queso con una mano y acuchíllalos con la otra. -Sonrisa.

Hodges casi se echa a llorar. La comprensión de que todo en lo que había creído en los últimos cien años era sólo un engaño, lo había roto por dentro. Por suerte, ya casi no podía pensar y había tiempo que no podía moverse. Para él el tiempo se detuvo.

Los ojos de Meyko aún se movían, y a través de las paredes, miraron fijamente al sexto componente del ensalmo.

Los ojos de Meyko dejaron de brillar.

FIN